

## INSTRUCCION

SOBRE

## EL PREFACIO.

PSALMO X. vers. 17.

*Tu oreja oyó la disposicion de su co-  
razon.*

ESTA es una verdad, anunciada por el Profeta Rey, y repetida por la Escritura en diferentes lugares. En efecto Dios escucha la simple preparacion del corazon, y para conseguir las gracias que necesitamos, no exige una larga exposicion de nuestros males. El Sabio nos dice que la oracion mas eficaz no consiste en muchas palabras, y Jesu-Cristo nos enseña que no es mé-

*sobre el Prefacio.*

427

nos esencial la brevedad de la peticion que el recogimiento del espíritu. La Iglesia nuestra madre, siguiendo constantemente esta doctrina, reduce en sus oraciones á muy breves palabras las súplicas mas importantes para la salvacion; y persuadida de que Dios oye la simple preparacion del corazon, no quiere que entremos á orar, ántes de estar preparados como corresponde. Este es el fin á que se dirige con el *Prefacio*, que propiamente no es una oracion, sino una invitacion nueva para orar, con el atractivo de motivos mas interesantes. Por tanto, penetrándoos de las disposiciones que exige la Iglesia, prestadme atencion.

La palabra *Prefacio* quiere decir una accion que precede á qualquiera cosa, y en efecto para prepararnos al Cánón observa la Iglesia la costumbre de decir el *Prefacio* ántes de empezar las oraciones que le componen. En la última Instruccion hemos visto que el Sacerdote se abtrae del Pueblo, y que se despide solemnemente de él encomendándose á sus oraciones para entrar en el Santísimo, donde ha de permanecer hasta que haya consumado el

misterio de nuestra redencion. En otro tiempo se cerraban las puertas del Santuario ántes del *Prefacio*, y no se abrian hasta el momento de la comunion, cuyo uso se conserva todavía en algunas Iglesias, en las cuales se corre una cortina entre el Santuario, y el resto del templo, para anunciar sin duda la separacion total del Sacerdote, que entregado al comercio mas santo con su Dios, lo suspende con sus hermanos por todo este tiempo, dirigiendo sin embargo al Pueblo en su retiro las exhortaciones mas vivas. Esta es una figura de otro misterio infinitamente mas consolador para nosotros, qual es la presencia de Jesu-Cristo en la tierra, y en el cielo á un mismo tiempo: en la tierra para instruirnos y animarnos, y en el cielo para defendernos y protegernos. Ya pues que el Sacerdote es en estas funciones tremendas la imágen sensible de un Dios invisible, mirémosle siempre con el respeto que exige su ministerio; y para que Dios le escuche favorablemente quando se presenta á tratar nuestra causa, escuchémosle con docilidad quando solicita nuestras adoraciones.

El *Prefacio* sigue inmediatamente á la oracion llamada secreta, la qual se dice en voz baxa, y se varía segun las diferentes solemnidades, siendo su objeto acabar con la oracion la tercera parte de la Misa, que podemos llamar ofrenda. El Sacerdote para que el Pueblo sepa que se ha acabado ya esta oracion, levanta la voz en estas últimas palabras: *por todos los siglos de los siglos*, y el *Amen* que responde el Pueblo es asimismo una aprobacion de las oraciones que se han hecho por él en la secreta, y una conformidad anticipada en todas las que van á ofrecerse á Dios, en esta quarta parte que llamamos la consagracion. El Sacerdote por tanto repite aquella bendicion que ha dado muchas veces á los asistentes en un tono inteligible, pero sin volverse á ellos: *el Señor sea con vosotros*: y despues, dice: *elevad vuestros corazones*; y responden todos los circunstantes: *ya los tenemos elevados al Señor*. Estas palabras dignas por sí mismas de toda nuestra atencion, y muy propias para excitar en nosotros una devocion sensible, si las decimos con fé, nos parecerán mucho mas respetada-

bles quando consideremos que traen su origen de los tiempos Apostólicos, y que aun ántes que se usasen en la Iglesia los *Prefacios* propios en las diferentes festividades, precedian siempre estas palabras al Cánon, y hacian en algun modo parte de él. San Cypriano solia decir á su Pueblo: carísimos, quando asistimos á la oracion, así se llamaba entónces la Misa, debemos estar con toda devocion, y meditarla atentamente: desterrremos todos los pensamientos de la carne y del siglo en este momento en que se recoge el espíritu á meditar las flaquezas del corazon, y á pedir el remedio de las necesidades que nos agovian. Cerremos pues nuestros sentidos á todos los objetos, y no dexemos que se acerque á nosotros el enemigo del Señor, en el tiempo que le pedimos sus gracias. ¡Ah, qué impresion no debieran hacer sobre nosotros las reflexiones de este Padre que escribia en los primeros siglos de la Iglesia! Si hubiera vivido en estos últimos tiempos, y presenciado el ayre de dissipacion, ó por mejor decir, de irreligion, que traen los fieles hasta el pie del Altar: si hubiera visto como nos-

tros, que estas mismas palabras no tienen en nuestra boca aquel sentido que les daba la fé en los bellos dias del Cristianismo, y que acostumbrados á repetir por mera rutina *nuestros corazones se han elevado ya ácia, el Señor*, se dirigen todas nuestras inclinaciones á la tierra en fuerza de una costumbre criminal, y que nuestros pensamientos se van todos ácia los placeres y los atractivos del siglo: si hubiera visto, digo, el estado en que se hallan los Cristianos, y el poco respeto que tienen al templo; no hubiera unido á las exhortaciones mas vivas las amenazas mas espantosas?

¡Ah, si vuestros corazones, hermanos míos, son verdaderamente de Dios, como decís, *demois gracias*, prosigue el Sacerdote, *al Señor Dios nuestro*, La Iglesia con estas palabras nos enseña que la oracion debe siempre empezar con la accion de gracias; que esta disposicion es la primera de todas para que sea útil, y que un corazon reconocido adquiere un cierto derecho sobre el de un Dios justo y sensible á nuestras miserias. Exclamemos pues con la efusion de un alma que se halla pe-

netrada de las misericordias del Señor, diciendo: *en verdad es digno y justo.* El Sacerdote autorizado por el ministerio que le ha confiado la Iglesia, y sostenido por el consentimiento unánime del Pueblo, repite las mismas palabras para manifestar que esta muchedumbre de fieles que asiste al Sacrificio, solo tiene un corazon, y un alma, quando se trata de rendir á Dios el homenaje del reconocimiento. *En verdad es digno, y justo, equitativo y saludable, el que te demos gracias en todo tiempo y lugar.* El resto de esta oracion nos probaria, si pudiésemos meditarla, que esta accion de gracias la tributamos á un Dios, que no tiene necesidad alguna de ellas: á un Padre que se dexa mover por nosotros: á un Ser Todo-poderoso: al Eterno que ha dispuesto que empecemos en el tiempo la alabanza que debemos continuar en la eternidad. Consideremos tambien, hermanos míos, como en esta oracion se une la Iglesia de la tierra con la del cielo. Esta accion de gracias se da por medio de Jesu-Cristo, el qual en alguna manera es el medio entre la Jerusalem terrestre,

y la ciudad de Dios vivo, Dios por naturaleza, hombre por obediencia, el Rey del cielo, y nuestro Señor. El es quien ha desatado en alguna manera nuestra lengua para que pueda con toda libertad alabar á su Dios: él es por quien toda la milicia celestial tributa unas adoraciones proporcionadas á la gerarquía que la ha señalado el Eterno. Cada uno de estos espíritus bienaventurados tiene determinadas sus funciones particulares, mientras que nosotros, aunque indignos de levantar nuestros ojos á la Magestad Suprema, nos vemos honrados con todas estas funciones á un mismo tiempo. Los Angeles le alaban, y nuestros templos resuenan todos los dias con nuestras canciones en su alabanza. Las Dominaciones le adoran, y nosotros vamos con ellas á postrarnos delante del Altar. Las Potestades tiemblan, y nosotros estamos convidados á honrarle con un temor, acompañado del amor. Las Virtudes de los cielos se unen á los Querubines y Serafines para publicar incesantemente su santidad, y nosotros vamos á ser admitidos en los coros de estos espíritus bienaventurados para can-

tar las estancias que repiten ellos sin cesar. ¡Oxalá que cantemos con ellos siempre, y que nuestras flaquezas no desmientan la confesion pública que hacemos de la santidad de nuestro Dios!

Este cántico haria en este momento el objeto de nuestra meditacion, si no nos viesemos obligados á poner límites al zelo que nos anima. En la Instruccion próxima explicaré con la detencion y claridad posible las alabanzas que todos los Cristianos deben tributar al Eterno, y ahora solo notaré para concluir que la Iglesia en las grandes solemnidades ha dispuesto sus *Prefacios* propios, los cuales expresan el objeto del misterio que se celebra: que muchos de estos *Prefacios* tienen su origen de los primeros siglos, y que no hay uno que meditado atentamente no pueda contribuir para intensar nuestra fé. Quizá la costumbre de cantarlos con la Iglesia ha enervado su fuerza para muchos; pero nosotros debemos decirlos con el respeto que merecen.

Nunca olvidemos, mis hermanos, que admitidos con estos espíritus bienaventurados para dar al Señor el tributo de

las alabanzas, debemos imitarlos quanto nos sea posible con nuestra obediencia y fidelidad, á fin de ser asociados tambien con ellos en la eterna bienaventuranza. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

## EL SANCTUS.

ISAIAS, cap. 6. v. 3.

*Los Serafines daban voces el uno al otro, y decian: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los exercitos, llena está toda la tierra de su gloria.*

ESTA oracion, que mas bien puede llamarse cántico, es la que sigue inmediatamente al Prefacio. Hasta este punto no han participado los fieles sino con sus deseos de las alabanzas, y de las acciones de gracias que se han dado al Señor; pero ya su reconocimiento y su amor no pueden guardar silencio por

mas tiempo, y así no bien concluye el Sacerdote quando todo el Pueblo le interrumpe cantando con alegría: *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de Sabaoth*, y el Sacerdote repite en voz baxa estas mismas palabras. Esta alegría no comprehende á todos los Cristianos, sino solo á los que se hacen dignos de este nombre, y que animados de un verdadero espíritu de religion y de caridad, estan acostumbrados á meditar las oraciones de la Iglesia. Sí, estos Cristianos conocen que no hay un cántico mas propio para excitar su confianza y su amor: exâminemos su espíritu para que todos podais comprenderlo así.

Esta oracion está inclusa en las antiguas Liturgias, y pos consequencia es del número de aquellas que se han adoptado como mas propias, par excitar y alimentar nuestra fé. Ella era en los tiempos primitivos de la Iglesia un motivo de emulacion para los Catecúmenos, y San Gregorio de Nicea en una de sus exhortaciones les dice: apresuraos á recibir el bautismo para cantar con los fieles el cántico de los Serafines. Otro Santa Padre se admira sobre

manera de que los Cristianos que han consagrado una vez su boca, se atrevan á proferir otras palabras capaces de deshorrar su nombre. Un Concilio establece que se diga en todas las Misas públicas ó particulares, sin hacer excepcion ni aun de los dias de penitencia, ni de los en que se celebra el Sacrificio por los difuntos, y desaprueba el uso que se habia introducido en algunas Iglesias de reservarle para las Misas solemnes, porque como dicen los Padres, este cántico no puede fastidiar el espíritu de un verdadero fiel, aunque dias y noches lo cante sin cesar. Este cántico se compone enteramente de palabras de la Escritura, ordenadas por la Iglesia con mucha sabiduría. El Apóstol San Juan hace mencion de él en su Apocalipsis, y fué una de las visiones mas interesantes que le presentó Dios quando se dignó revelarle los misterios de su reyno. Para que nosotros le podamos repetir con fruto, es indispensable transportarnos en espíritu al lugar en que se canta dignamente. El es el cántico de los Angeles y de los bienaventurados; y nosotros aunque pecadores, somos ad-

mitidos á la participacion de esta dicha; pero si nuestro corazon no es tan puro como el de los Angeles, y de los Santos, á lo ménos nuestra voluntad debe ser tan recta como la suya. Entreguémonos como ellos á una santa alegría: ofrezcamos con ellos profundas adoraciones, y seamos tan amantes como ellos de la justicia. He aquí tres disposiciones que nos inspita esta oracion, y que vamos á meditar.

Este cántico hace de la tierra un nuevo cielo, y el grito de alegría que se oye en la mansion de la eternidad, resuena en este triste lugar de cautiverio y de destierro. Aquí se oye decir cómo á los pies del trono del Eterno: *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los exercitos*, y aunque nuestra débil voz se confunda con la de sus amigos, no dexa sin embargo de ser escuchada con gusto. ¡ Hermanos míos, que la confianza penetre en nuestros corazones! Si todavía no estamos en la patria, á lo ménos se nos permite gustar de antemano sus delicias; y si no hemos conseguido aun la palma de la victoria, la vemos entre las manos de un Dios que la tiene reservada para no-

sotros. Alabemos con toda confianza al Señor, de los exércitos, y no temamos pronunciar su tanto nombre, como lo temia el Pueblo Judío. Nosotros hemos venido á ser sus amigos, y su Pueblo escogido, y quiere que cantemos por todas partes sus maravillas, y que publiquemos sus misericordias. Es verdad que es tres veces santo, y nosotros mil veces pecadores y delinquentes; pero con todo está lleno de misericordia, y es incapaz de desechar las alabanzas que le tribute un corazon humilde y reconocido. ¿Cuál seria nuestra alegría si al repetir este cántico nos elevásemos en espíritu hasta la mansion de los bienaventurados, si nos persuadiésemos que rodeamos como los Angeles el trono del Dios de los exércitos, si fixásemos nuestra vista, no sobre ese Altar visible, sobre el qual se ofrece la víctima de una manera invisible, sino sobre el Altar sublime del cielo, donde inmolado desde el origen del mundo el Cordero de Dios, está sin embargo siempre en un estado de inmolation y de Sacrificio? ¡Ah, si nuestra fé tuviese la Instruccion que se requiere para pintarnos todos estos objetos, no dexa-

riamos jamas de repetir este cántico, y penetrados de un santo respeto nos esforzariamos para rendir al Eterno los homenages que debe exigir de todas las criaturas! Sí, el respeto es necesario absolutamente para repetir esta oracion con fruto. Entretanto que la cantan los Serafines, los Querubines se cubren el rostro con sus alas, y así repitiéndola el Sacerdote, junta las manos, y hace una profunda inclinacion. El Cristiano que canta con él, debe abatirse en presencia de la Magestad Suprema, y acordarse que es un esclavo que habla á su Señor, una criatura que da la alabanza al autor de su ser, y sobre todo, un pecador que se confunde entre la multitud de los espíritus mas puros y santos, para rendir sus homenages al autor de toda santidad. Conviene por tanto que repitiendo estas palabras medite las qualidades que Dios ha querido atribuirse. Como ha querido llamarse el Dios de los exércitos, y el Rey de la gloria, se le atribuye por consecuencia á él solo la gloria, el imperio y el poder; solo él es el Santo, el feliz y el perfecto, y nada nos queda á nosotros sino la vergüenza y la confusion.

Aprendamos pues á cantar este cántico con un respeto, acompañado de temor y de temblor, y consideremos que solo en esto difieren nuestras disposiciones de las de los Angeles y los Santos, los cuales seguros de se felicidad, é incapaces de perder la justicia ni la caridad, se entregan á gozar de una alegría pura, y su respeto mas bien procede de amor que de temor. Esto es lo que propiamente conviene á los escogidos de Dios; pero nosotros que andamos siempre titubeando en las virtudes, que estamos dudosos en la perseverancia, indecisos en las victorias, é inciertos en los caminos de la salvacion, no podemos cantar con la alegría que corresponde; y así nuestros cánticos son propiamente de gemidos y de quejas. Nuestra confianza, por firme que nos parezca, debe ceder algunas veces al terror que nos causa nuestra inconstancia; pero para animar esta confianza excitémonos al amor de la justicia, que es la verdadera disposicion que debe inspirarnos esta oracion. Nosotros dirigimos nuestros homenajes á un Dios tres veces Santo, y Jesu-Cristo, por cuyo medio los ofrece-

mos, nos da voces desde el fondo de este Altar, diciendo: Sed Santos como vuestro Padre que está en los cielos, y perfectos á medida de los dones que habeis recibido, así como él lo es, segun la inmensidad de su esencia. Las bocas profanas deben callar en presencia suya: todo corazon corrompido teme profanar con una alabanza impura un nombre que solo anuncia santidad.

Este cántico no deberia ciertamente ser el de los pecadores, y si la Iglesia les permite que se confundan con los justos, deben penetrarse de un verdadero sentimiento de contricion y de dolor; pero vosotros, almas fieles, á quienes Dios concede la gracia de temer y detestar el pecado, oxalá que todas las palabras de este cántico os traigan á la memoria las obligaciones que os impone la santidad. El Padre que os ha adoptado es *Santo*; y así debeis probarle con vuestra docilidad que haceis el aprecio que corresponde de tan alta vocacion. *Santo* es el hijo que os ha rescatado, y que va á inmolarse por vosotros; y así mostradle con el desprendimiento de las cosas terrenas

que quereis inmolaros con él. *Santo* es el Espíritu que ha de bendecir y consagrar los dones que ofreceis, y así mostradle con un reconocimiento y un amor perfecto que teneis todo el conocimiento necesario del valor de estos dones. El Dios á quien alabais, es el Dios de los exércitos, y quiere que esteis dispuestos siempre á combatir baxo sus estandartes, contra las sangre y la carne, y que hagais frente á esos enemigos con las armas de la fé, que ha puesto entre vuestras manos. El cielo y la tierra estan llenos de su gloria, y por esto os permite que eleveis vuestros deseos hasta aquel lugar donde ha establecido su trono: debeis por tanto estar en su presencia con el corazon y el deseo, suspirando sin cesar tras vuestra patria, y con esta disposicion contribuireis, segun que lo permitan vuestras fuerzas, á la gloria de que está rodeado en los cielos: pero quiere tambien que todo el tiempo que os permite habitar en la tierra le glorifiqueis, repitiendo sin interrupcion las alabanzas, edificando con palabras santas, y con el buen olor de los exemplos, y oponiéndoos cada uno, segun

la mision que le ha sido confiada, á los ultrages con que los malos pretenden obscurecer esta gloria, á fin de que pueda decirse con verdad que la tierra, esto es, el escabelo de sus pies no está ménos rodeado de su gloria que el trono en que está sentado. En fin él será glorificado en el cielo á medida que le honreis en la tierra con la santidad de vuestras obras, porque solo á él se le atribuyen las victorias en los combates, y en general las acciones que nos inspiran la virtud y la caridad.

Sobre todo honoradle en la tierra en la persona de Jesu-Cristo su Hijo único, bendiciendo al que ha venido en nombre del Señor; pero tened presente que la bendicion que prefiere es la que consiste en una imitacion fiel, y una conformidad perfecta. Nosotros repetiríamos en vano este cántico, que se oyó á las puertas de Jerusalem el día de la entrada triunfante de Salvador, si estuviésemos dispuestos á crucificarle en nuestro corazon, como lo hizo el Pueblo Judío. Bendito sea pues en las aflicciones por medio de la paciencia: bendito sea en las riquezas, por la beneficencia: en las tentaciones, por la

vigilancia: en nuestro cuerpo, por la penitencia: en nuestro espíritu, por la humildad; y en nuestro corazón, por el amor. Bendigámosle llevando su cruz, revistiéndonos de su espíritu, y adoptando sus trabajos y sus exemplos. Bendigámosle con fidelidad en el tiempo, para que podamos bendecirle en la asamblea de los Angeles y de los Santos por toda una eternidad. Así sea.

## INDICE

*De las Instrucciones, que sobre las Oraciones y Ceremonias del Santo Sacrificio de la Misa contiene este tomo Primero.*

I. Instrucción: sobre la utilidad y necesidad de saber las oraciones y ceremonias que componen la Liturgia,	page	11
II. Sobre la excelencia del Santo Sacrificio de la Misa,		23
III. Sobre la materia antecedente,		37
IV. Sobre las disposiciones que debe llevar el Cristiano al Santo Sacrificio,		50
V. Sobre la misma materia,		61
ORDINARIO DE LA SANTA MISA,		73
VI. Sobre las oraciones que el Sacerdote dice al pie del Altar,		190
VII. Sobre la misma materia,		203
VIII. Sobre los Kyries,		216
IX. Sobre el Gloria in excelsis,		231
X. Sobre el Dominus vobiscum,		243
XI. Sobre la oracion llamada Collecta,		254
XII. Sobre la palabra Amen,		266
XIII. Sobre la Epístola,		279
XIV. Sobre el Gradual,		292
XV. Sobre la Alleluja,		304
XVI. Sobre el Evangelio,		315